

# ***LA CRISI DE LA SOCIALDEMOCRÀCIA***

***2***

***Recull d'articles publicats al diari El País  
entre el 16 de maig i l'11 de juny de 2012***



## PRESENTACIÓ

*“Quan érem més joves vam intentar canviar les coses, però és evident que no ens en vam sortir. No en vam saber prou i, a més, alguns dels que s’havien ofert a dirigir-nos ens van enganyar per tal de desmobilitzar-nos. Ara els toca als més joves la tasca de procurar canviar el món, perquè no pot ser que es resignin a acceptar el que han heretat de nosaltres.”*

**Josep Fontana**

Amb aquest dossier completam el recull d’articles d’opinió que el diari EL PAÍS va seguir publicat, una vegada la Fundació Gadeso ja havíem publicat l’anterior recull que abastava lo publicat fins el 24 d’abril.

El debat sobre la crisi de la socialdemocràcia ens semblava un debat necessari quan, tot just fa unes setmanes, publicarem la primera part d’aquesta recopilació d’articles. El que ha passat des de llavors, especialment la segona onada de retallades que ha aplicat el govern del Regne d’Espanya, ens reafirma en la importància d’aquest del debat.

Davant el desmantellament algunes institucions del feble Estat del Benestar, de la baixada d’intensitat de la seva protecció en general, i de la cada vegada més inexistent igualtat d’oportunitats reals, la societat necessita propostes alternatives a aquestes polítiques que s’estan aplicant, per que no són inevitables. Alternatives que a més de ser tècnicament aplicables, políticament recolzades democràticament, han de ser plenes de valors.

Les paraules de Josep Fontana que encapçalen aquesta breu presentació, pertanyen la seva classe magistral d’acomiadament de les aules de la Universitat Pompeu Fabra (16.06.2012). Unes paraules que ens encoratgen a seguir lluitant per una societat més justa i igualitària.

D’aquest objectiu ningú s’acomia.

Rafel Borràs  
Fundació Gadeso

# **1.- Progresismo en la “matriz roja”**

ANTONIO ESTELLA

12 MAYO 2012

La “matriz roja” es un modelo que intenta explicar el declive de la socialdemocracia en España y en Europa. Indica, consecuentemente, una senda cuyo tránsito permitiría la recuperación. El modelo es muy simple. Parte de la base de que hay tres variables fundamentales que explican el declinar de la socialdemocracia en el siglo XXI. Empleo el ejemplo español porque es el que tengo más a mano, pero obviamente la “matriz roja” podría aplicarse a muchos otros partidos socialistas en Europa.

Las tres variables a las que me refiero son las siguientes: modernidad, progresismo e internacionalismo. Y la explicación, como había prometido, es también aproximadamente sencilla: la posición que la socialdemocracia ocupe en cada momento del ciclo político depende directamente de esos tres factores. Por tanto, cuanto más moderno, progresista e internacionalista es un partido socialdemócrata, más altas son sus posibilidades de ganar elecciones y por tanto de gobernar. Y al revés, cuando el partido es percibido como poco moderno, progresista e internacionalista, peor para sus perspectivas de futuro. La relación es pues lineal y directa.

Lo primero que tenemos que decir es que la variable de la modernidad es, a primera vista, bastante elusiva. Desde mi punto de vista, el conceder o no la etiqueta de “moderno” a un partido político tiene que ver con muchas cosas, pero sobre todo, con la capacidad de generar equipos solventes. La gente tiene que percibir que los políticos que forman parte de un partido socialdemócrata están, al menos, tan bien preparados como ellos, si no mejor. Pues bien, existen muchas indicaciones que permiten pensar que los ciudadanos españoles no conceden al PSOE esa característica en el momento actual. Por ejemplo, en la encuesta pre-electoral de Octubre de 2011, realizada por el CIS, se preguntaba qué partido político estaba más capacitado para gestionar una serie de áreas de intervención pública, 15 en total. El resultado fue que la gente pensaba que el PP estaba más capacitado para gestionar 11 de esos 15 ámbitos. Entre ellos, por supuesto, la economía: el 41% de la gente pensaba que el PP estaba mejor preparado, mientras que solamente el 15% pensaba que lo estaba el PSOE.

No siempre ha sido así. Ha habido épocas, por ejemplo en 1993 o en 2008, en las que la gente entendía que era el PSOE el que estaba más capacitado para gestionar las políticas públicas, en particular la economía. La tesis sería pues la siguiente: mientras el PSOE no sea capaz de darle la vuelta a esta percepción, seguirá perdiendo una parte muy importante de su reputación como partido de gobierno.

La siguiente variable que incluye la “matriz roja” es el progresismo. Parece una variable contra-intuitiva: ¿la socialdemocracia, poco progresista? Pues sí, puede ocurrir. Y puede ocurrir incluso que se le conceda a la derecha, en

determinadas circunstancias, esta etiqueta, antes que a la izquierda. Porque, ¿qué es ser progresista? De nuevo, estamos ante un concepto elusivo, difícil de medir. Hasta ahora, la izquierda socialdemócrata ha identificado progresismo con igualdad. Y ello le ha permitido, efectivamente, ser vista como un partido, o un movimiento, sumamente progresista. Pero puede que haya llegado el momento en el que la igualdad no sea un elemento suficiente como para seguir manteniendo esa etiqueta. Sobre todo cuando la insistencia en la igualdad nos puede llevar, más que al progresismo, a la sensación justamente opuesta: la de conservadurismo.

Ello conecta directamente con el Estado del Bienestar. El Estado del Bienestar ha sido la herramienta que ha inventado sobre todo la socialdemocracia para hacer más iguales a las sociedades. ¿Cuál es el problema? El problema se llama globalización. Y con la globalización será difícil mantener el Estado del bienestar tal y como lo conocemos. A pesar de ello, el acento del discurso socialdemócrata actual está puesto en su protección, su mantenimiento. Por ejemplo, en el último programa electoral del PSOE, se empleó el término “Estado del Bienestar” en 14 ocasiones. Todas ellas, asociadas a palabras como “proteger” “preservar” o “salvaguardar”, salvo en una, en la que se mencionaba de manera casi circunstancial la reforma del Estado del Bienestar. Sin quererlo, con la globalización, nos hemos metido en un discurso no sé si conservador, pero al menos sí “conservacionista”. Y ese discurso de la conservación casa mal con la idea de progreso, con la idea de transformación, incluso aunque le demos un matiz igualitario.

El problema, desde mi punto de vista, ha estado en centrarse tanto en la igualdad en su vertiente más pasiva, olvidando la igualdad en su vertiente más activa, en su vertiente de generación de oportunidades. Por decirlo de manera muy breve: la socialdemocracia tendría que ser capaz de pasar del Estado del Bienestar al Estado de las Oportunidades. Ello podría reconciliarla con la idea más general de progresismo.

Por último, el internacionalismo. Por volver los ojos hacia el PSOE (aunque insisto, la “matriz roja” puede ser de aplicación general), es evidente que este partido tuvo un día esta etiqueta que retuvo, además, durante mucho tiempo. Cuando llegó al poder en 1982, el PSOE tenía diseñada una agenda internacional clara, la incorporación a la Unión Europea. Y una vez que nos incorporamos, la agenda se transformó en alcanzar al resto de Europa. Hoy en día, en pleno siglo XXI, una vez en Europa y una vez hemos alcanzado al resto de Europa, pareciera como si la agenda internacionalista de la socialdemocracia española hubiera quedado vacía de contenido. El problema se complica, una vez más, con la globalización. Y es que si la socialdemocracia no tiene respuestas para la globalización en el ámbito interno, todavía las tiene menos en el ámbito internacional. Hay incluso tentaciones involucionistas —afortunadamente no dentro de la socialdemocracia española— puesto que en algunos lugares se empieza a coquetear con una retórica anti-globalización. Desde luego ese no es el camino. El camino para la socialdemocracia está en desarrollar mucho más ampliamente un discurso favorable a la gobernanza internacional en el que sobre todo la Unión Europea tenga un papel central en ella.

Eso implica que hay que trazar una agenda mucho más específica para la UE, en la que esta organización haga menos, pero lo que haga tenga un perfil activador mucho más claro. E implica, en segundo lugar, dejar a un lado el discurso sobre la democratización de la UE. Sobre todo porque el problema no está ahí: el problema está, ahora mismo, en la capacidad de la UE de hacer, más que en su capacidad de decidir cómo se hacen las cosas.

**Antonio Estella** es profesor de Derecho de la Universidad Carlos III de Madrid.

## **2.- Redención socialdemócrata**

MARÍA DE LOS ÁNGELES FERNÁNDEZ-RAMIL

16 MAYO 2012

Por estos días, uno de los temas que vincula a Chile con España es la decisión de la ex vicepresidenta del Gobierno socialista, Elena Salgado, de asumir el puesto de consejera de Chilectra, filial de Endesa. La polémica generada, además de colocar el foco en el cambio de hábito de algunos jefes socialdemócratas cuando devienen en empleados del capital trasnacional, brinda la oportunidad para recordar que el socialismo se encuentra, en ambos países, en condición de oposición. Ello ocurre, además, cuando la paradoja ronda la nueva crisis que aflige a la socialdemocracia. Mientras algunos de sus principales postulados –como la regulación de los mercados y la expectativa de un rol sustantivo por parte del Estado– siguen vigentes, las fuerzas políticas con pretensión de encarnarlos suscitan todo tipo de suspicacias.

Las situaciones en las que se enmarcan son distintas, pero sus desempeños no lo son tanto. España se enfrenta a una crisis económica que pone su Estado de Bienestar en riesgo de retroceso letal, producto de los draconianos ajustes del PP. Por su lado, Chile experimenta un crecimiento económico que no solamente no está resolviendo sus dilemas pendientes de productividad, sino que, por sí solo, no responde las preguntas levantadas por las movilizaciones sociales. Estas han remitido a la crisis de representatividad de un sistema político colocado usualmente como ejemplo de gobernabilidad, así como a un extendido repudio ciudadano frente al abuso del poder económico.

Chile se encuentra entre los veinte países más desiguales del planeta. Mientras fueron Gobierno, estando el socialismo chileno en coalición con la Democracia Cristiana por veinte años –lo que explica, en parte, su retraso en asuntos de libertades individuales–, se incurrió en cierta complacencia con el empresariado y no se fue diligente en la promoción de las inversiones necesarias para diversificar sus economías y poner a tono su mano de obra.

Su ejercicio en la oposición es una mezcla de reactividad con negación. Por los motivos que sean, no se han generado espacios para debatir las causas de sus respectivas derrotas. Confían en un pronto regreso al poder, ya sea por haberle puesto un dique al PP en las recientes elecciones andaluzas, o bien por su

aferramiento a liderazgos con supuestas capacidades taumatúrgicas, como sería en Chile el de la expresidenta Bachelet. Aunque el relevo generacional no es en absoluto la panacea, supone una asignatura pendiente para el progresismo chileno. Enfrascados en discusiones sobre cupos electorales y política de alianzas, apuestan a un retorno más asentado en los posibles errores del adversario que en la reelaboración de un proyecto histórico que conecte sus principios con las transformaciones en curso.

El triunfo de Francois Hollande, en Francia, podría tener un efecto ambiguo. Si bien permitirá el repunte de una izquierda hambrienta por mejorar su autoestima, podría acentuar el escamoteo de temas sustantivos como, por ejemplo, los dilemas del crecimiento y la distribución.

Frente a la tentación a tomar atajos, destaca el esfuerzo por encarar los dilemas de la socialdemocracia realizado por Carlos Ominami, exministro, exsenador y otrora jefe de campaña del expresidente chileno Ricardo Lagos. En su libro recién publicado que lleva por título *Secretos de la Concertación. Recuerdos para el futuro*, desarrolla una reflexión política e intelectual que interroga tanto al pacto de la transición de fines de los 80, como a lo que vino después, en un ejercicio de introspección política. Confrontando en primera persona los miedos de toda una generación que vivió el golpe de Estado de 1973, aspira a contribuir al necesario enjuiciamiento crítico de una coalición de centroizquierda que, si bien contribuyó a reducir la pobreza y abrió Chile al mundo, no se aplicó de la misma manera en el combate de la desigualdad y la concentración económica. Tampoco removi6 la Constitución heredada del régimen militar que, aunque reformada, conserva su esencia neoliberal. Aboga por la necesidad de recuperar para la política progresista el sentido estratégico perdido, proponiendo alineamientos que respondan a los dilemas de seguridad, igualdad y cohesión. Dedicada especial atención a la renovación del socialismo chileno que califica como frustrado ya que, a pesar de haber revalorizado la democracia, falló en dos elementos fundamentales, que hacen que catalogue la historia política del Chile reciente como de renuncia: la falta de contrapesos al mercado y la inexistencia de una fuerza política cohesionada.

Y aunque no menciona la influencia española, no deja de resultar una ironía el hecho de que el socialismo chileno, influenciado por un PSOE que cumplió un rol en su proceso de renovación, llamando a la moderación, haya devenido en una fuerza con talante conservador.

La confesión de Ominami, actor privilegiado de la transición chilena, sugiere, al menos, dos cosas. La primera, que la recomposición del socialismo, para ser efectiva, debe superar los estrechos contornos locales. Si hay esperanza para la socialdemocracia, pudiera encontrarse en una América Latina que atraviesa su mejor hora. La segunda, que es necesario hacer gestos de arrepentimiento, algo aparentemente alejado de los entresijos de la política pero que, ya vemos, hasta los monarcas reconocen su importancia.

**María de los Angeles Fernández Ramil** es directora ejecutiva de la Fundación Chile 21

### **3.- El declive del ciclo socialdemócrata**

ENRIQUE GIL CALVO

21 MAYO 2012

¿Asistimos al final del ciclo histórico de hegemonía progresista? Para entender la decadencia de la socialdemocracia puede ser útil atender los planteamientos sociológicos de Colin Crouch (*La postdemocracia*, Taurus, 2004) o Emmanuel Todd (*Después de la democracia*, Akal, 2010), que analizan su declive en clave infraestructural. Según esta perspectiva, por socialdemocracia puede entenderse la coalición histórica que se construyó entre el movimiento obrero organizado y las nuevas clases medias de funcionarios, empleados de servicios y profesionales por cuenta ajena (no confundir con las viejas clases medias de agricultores, comerciantes, artesanos y profesionales autónomos). Los intereses de ambos bloques no tenían por qué coincidir, al estar separados por la barrera de su desigual dotación en capital humano: en el movimiento obrero predominaban los estudios primarios y la formación profesional mientras que las nuevas clases medias poseían titulaciones secundarias y superiores, actuando en origen el bachillerato como barrera de clase. De ahí el tradicional desencuentro entre trabajadores de cuello blanco y de cuello azul, que históricamente se reflejó en la desconfianza entre el reformismo socialista de extracción burguesa y el revolucionarismo obrero de anarquistas o comunistas. Pero esa distancia de clase pudo ser salvada mediante el acuerdo socialdemócrata que estableció un pacto de mutua colaboración entre ambos bloques para unir sus fuerzas conquistando el poder por medios pacíficos y electorales.

Un acuerdo mediante el que la parte obrera (*blue collars*) aceptaba supeditarse al liderazgo burgués (*white collars*) a cambio de que el gobierno común garantizase a todas las clases populares su acceso a los canales de movilidad social ascendente e igualdad de oportunidades. Este programa común que selló la coalición entre la clase obrera industrial y las clases medias urbanas es el que pudo desarrollarse en toda Europa tras la segunda guerra mundial, dando lugar a los célebres treinta años gloriosos (1945-1975) que crearon la sociedad de la afluencia presidida por el Estado de bienestar. Y lo menos que puede decirse es que semejante programa común se vio coronado por el éxito más completo. Pues en efecto, la coalición socialdemócrata conquistó el poder y se mantuvo en él por varias legislaturas mientras a la vez se desarrollaban los mecanismos meritocráticos que extendieron a todas las clases sociales la escolarización tanto secundaria como universitaria, además del resto de derechos sociales (salud, pensiones y servicios universales).

Ahora bien, si consideramos el inicio de la década de los 70 como el apogeo del ciclo socialdemócrata es porque a partir de esa fecha comenzó su progresivo declive, asociado al impacto de la crisis económica internacional tras el choque petrolífero de 1974. Una crisis que también modificó el sistema capitalista, pasando del modelo keynesiano afín al estatalismo socialdemócrata al modelo monetarista afín al planteamiento liberal-conservador partidario del

libre mercado. No obstante, tras ciertos retrocesos iniciales, la socialdemocracia se pudo recomponer mediante la denominada *Tercera Vía* de adaptación al mercado que teorizó el sociólogo Anthony Giddens, logrando resistir en el poder hasta bien entrado el siglo XXI. Pero finalmente, el estallido de las sucesivas burbujas crediticias (*punto.com* en 2001, hipotecas *subprime* en 2007, *eurodeuda* en 2010) ha terminado por alejar cada vez más a la socialdemocracia del poder, aunque ocasionalmente todavía gane ciertas elecciones. En suma, todo indica que el declive de la socialdemocracia ya se ha consumado. ¿Cómo se puede explicar su decadencia aparentemente irreversible? Exploremos algunas razones.

La primera explicación es infraestructural y se debe al debilitamiento ineluctable de uno de los dos bloques fundadores de la coalición socialdemócrata: la clase obrera. Como consecuencia del advenimiento de la sociedad postindustrial teorizado por el sociólogo Daniel Bell, se ha producido una creciente desestructuración del sistema de clases que ha fragmentado y descompuesto a todas ellas. Pero sobre todo, la que ha sufrido ese proceso de desarticulación en mayor medida ha sido la vieja clase obrera de trabajadores industriales o *blue collars*, que ha visto reducirse sus efectivos en términos absolutos y relativos, obligando a sus hijos a desertar de ella mientras asistía a la llegada de nuevos contingentes inmigrantes de trabajadores manuales sin cualificar destinados a la agricultura, la construcción y los servicios personales. Por tanto, las clases medias cualificadas ya no tienen nada que ganar manteniendo su coalición con las clases industriales en retroceso, y de ahí que tiendan a romperla cayendo en una creciente volatilidad electoral. Sobre todo si tenemos en cuenta que también ellas han perdido gran parte de su poder e influencia, aunque no en términos cuantitativos pues siguen siendo las más numerosas, pero sí cualitativos como vamos a ver.

Y es que la otra explicación del declive de la izquierda resulta paradójica, pues podría decirse que la socialdemocracia ha muerto (o al menos se extingue) como consecuencia imprevista de su propio éxito. En efecto, el desarrollo del Estado de bienestar, con su provisión universal de derechos sociales, ha generado dos efectos no queridos que han resultado contraproducentes para la coalición socialdemócrata. El primero es que, al ofrecer servicios públicos de protección social provistos por redes formales administrativas, ha suplido primero y ha terminado por sustituir después a las redes sociales informales de confianza, solidaridad y compromiso colectivo (grupos de ayuda mutua, movimiento asociativo, etcétera) que antes articulaban el tejido social dotándolo de espesor y densidad cívica. En consecuencia, tanto las clases trabajadoras como las clases medias urbanas han ido viendo cómo se devaluaba y amortizaba su anterior capital social, pasando a disgregarse y atomizarse hasta caer en el aislamiento de la individualización y el familismo amoral. Algo que no puede ser compensado por las redes virtuales tipo *Facebook* que comercializa el *marketing* de la industria digital.

Y la segunda consecuencia no querida del éxito socialdemócrata es la devaluación del sistema educativo a causa de su democratización universal, que ha terminado por amortizar su potencial meritocrático. Cuando sólo la clase media cursaba estudios superiores, sus títulos eran muy apreciados porque



dotaban de un fuerte impulso selectivo hacia la movilidad ascendente. En cambio, cuando la universidad se masifica y amplía a todas las clases sociales, sus títulos dejan de ser selectivos y por tanto se devalúan al dejar de proporcionar movilidad ascendente: es el fenómeno del *mileurismo* (o depreciación de los profesionales urbanos) que surge cuando la inversión académica en titulación superior ya no puede rentabilizarse tanto en el mercado de trabajo. Y este efecto contraproducente, que está devaluando la meritocracia y amortizando el capital humano, es el que más ha hecho por romper la anterior coalición socialdemócrata entre trabajadores de cuello azul y profesionales de cuello blanco, al perder aquellos su capital social y estos su capital humano. En suma, como señala Todd, la socialdemocracia ha entrado en decadencia porque las clases medias tituladas, por temor a su desclasamiento, han dejado de solidarizarse con los trabajadores sin titular: de ahí su rebelión fiscal, su cinismo político y su transfuguismo electoral.

¿Es irreversible el declinar del ciclo socialdemócrata? ¿O cabe esperar que se reactive por efecto de una nueva oscilación pendular? Si el anterior análisis es acertado, la recuperación de la socialdemocracia exigiría tres requisitos difíciles de reunir. Ante todo se debería recuperar la revalorización del trabajo como fuente de realización personal, tras caer en el desprecio a causa del consumo mimético. Después habría que regenerar el capital social de la izquierda, reconstruyendo sus redes informales de confianza y reciprocidad, lo que exige superar el sectarismo amoral y la xenofobia etnocéntrica. Y además se precisa un nuevo tipo de liderazgo tipo 15M, capaz de tender puentes interculturales creando nuevas coaliciones mayoritarias. Factores que podrían entrar en reacción sinérgica si la crisis actuase como agente catalizador. Pero ello no resultará posible sin una estrategia que anude compromisos con posibles aliados, un proyecto que visualice metas comunes a alcanzar y un relato que lo haga creíble despertando emociones entusiastas. Es el puerto prometido que aguarda más allá del sombrío horizonte actual.

**Enrique Gil Calvo** es catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

## **4.- La política económica de la inseguridad**

ULRICH BECK

27 MAYO 2012

La consecuencia no deseada de la utopía neoliberal es una *brasilización* de Occidente: son notables las similitudes entre cómo se está conformando el trabajo remunerado en el llamado Primer Mundo y cómo es el del Tercer Mundo. La temporalidad y la fragilidad laborales, la discontinuidad y la informalidad están alcanzando a sociedades occidentales hasta ahora baluartes del pleno empleo y el Estado del bienestar. Así las cosas, en el núcleo duro de Occidente la estructura social está empezando a asemejarse a esa especie de colcha de retales que define la estructura del sur, de modo que

el trabajo y la existencia de la gente se caracteriza ahora por la diversidad y la inseguridad.

En un país semiindustrializado como Brasil, los que dependen del salario de un trabajo a tiempo completo solo representan a una pequeña parte de la población activa; la mayoría se gana la vida en condiciones más precarias. Son viajantes de comercio, vendedores o artesanos al por menor, ofrecen toda clase de servicios personales o basculan entre diversos tipos de actividades, empleos o cursos de formación. Con la aparición de nuevas realidades en las llamadas economías altamente desarrolladas, la “multiactividad” nómada — hasta ahora casi exclusiva del mercado laboral femenino occidental— deja de ser una reliquia premoderna para convertirse rápidamente en una variante más del entorno laboral de las sociedades del trabajo, en las que están desapareciendo los puestos interesantes, muy cualificados, bien remunerados y a tiempo completo.

Quizá en este sentido las tendencias de Alemania, a pesar del éxito que se atribuye a su modelo, representen las de otras sociedades occidentales. Por una parte, Alemania disfruta de las mejores condiciones comerciales que ha tenido en muchos años. La principal economía europea es modélica por su forma de contener una crisis: tasas de interés bajas, flujo de capital entrante, aumento sostenido de la demanda mundial de sus productos, etc. Así, el desempleo en Alemania ha caído un 2,9%, y solo alcanza al 6,9% de la población activa.

Por otra parte, se ha registrado un excesivo incremento del empleo precario. En la década de 1960 solo el 10% de los trabajadores pertenecía a ese grupo; en la de 1980 la cifra ya se situaba en un cuarto, y ahora es de alrededor de un tercio del total. Si los cambios continúan a este ritmo —y hay muchas razones para pensar que será así— en otros diez años solo la mitad de los trabajadores tendrá empleos a tiempo completo de larga duración, mientras que los de la otra mitad serán, por así decirlo, trabajos a la brasileña.

Bajo la superficie de la milagrosa maquinaria alemana se oculta esta expansión de la economía política de la inseguridad, enmarcando una nueva lucha por el poder entre actores políticos ligados a un territorio (Gobiernos, Parlamentos, sindicatos) y actores económicos sin ataduras territoriales (capitales, finanzas, flujos comerciales) que pugnan por un nuevo diferencial de poder. Así se tiene la fundada impresión de que los Estados solo pueden elegir entre dos opciones: o bien pagar, con un elevado desempleo, niveles de pobreza que no hacen más que incrementarse constantemente; o aceptar una pobreza espectacular (la de los “pobres con trabajo”), a cambio de un poco menos de desempleo.

El “trabajo para toda la vida” ha desaparecido. En consecuencia, el aumento del paro ya no puede explicarse aludiendo a crisis económicas cíclicas; se debe, más bien, a: 1) los éxitos del capitalismo tecnológicamente avanzado; y 2), la exportación de empleos hacia países de renta baja. El antiguo arsenal de políticas económicas no puede ofrecer resultados y, de una u otra manera, sobre todos los empleos remunerados pesa la amenaza de la sustitución.

De este modo, la política económica de la inseguridad está ante un efecto dominó. Factores que en los buenos tiempos solían complementarse y reforzarse mutuamente —el pleno empleo, las pensiones garantizadas, los elevados ingresos fiscales, la libertad para decidir políticas públicas— ahora se enfrentan a una serie de peligros en cadena. El empleo remunerado se está tornando precario; los cimientos del Estado de bienestar se derrumban; las historias vitales corrientes se desmenuzan; la pobreza de los ancianos es algo programado de antemano; y, con las arcas vacías, las autoridades locales no pueden asumir la demanda creciente de protección social.

La “flexibilidad del mercado laboral” es la nueva letanía política, que pone en guardia a las estrategias defensivas clásicas. Por doquier se pide más “flexibilidad” o, dicho de otro modo, que los empresarios puedan despedir más fácilmente a sus trabajadores. Flexibilidad también significa que el Estado y la economía trasladan los riesgos al individuo. Ahora los trabajos que se ofrecen son de corta duración y fácilmente anulables (es decir, “renovables”). Por último, flexibilidad también significa: “Anímate, tus capacidades y conocimientos están obsoletos y nadie puede decirte lo que tienes que aprender para que te necesiten en el futuro”. La posición un tanto contradictoria en la que se sitúan los Estados cuando insisten al mismo tiempo en la competitividad económica nacional y la globalización neoliberal (es decir, en el nacionalismo y la internacionalización) ha defraudado políticamente a quienes reivindicaban el derecho individual de los ciudadanos a la estabilidad laboral y a unos servicios sociales dignos.

De todo ello resulta que cuanto más se desregulan y flexibilizan las relaciones laborales, con más rapidez pasamos de una sociedad del trabajo a otra de riesgos incalculables, tanto desde el punto de vista de las vidas de los individuos como del Estado y la política. En cualquier caso, una tendencia de futuro está clara: la mayoría de la gente, incluso de los estratos medios, aparentemente prósperos, verá que sus medios de vida y entorno existencial quedarán marcados por una inseguridad endémica. Parte de las clases medias han sido devoradas por la crisis del euro y cada vez hay más individuos que se ven obligados a actuar como “Yo y asociados” en el mercado de trabajo.

Mientras el capitalismo global disuelve en los países occidentales los valores esenciales de la sociedad del trabajo, se rompe un vínculo histórico entre capitalismo, Estado de bienestar y democracia. No nos equivoquemos: un capitalismo que no busque más que el beneficio, sin consideración alguna hacia los trabajadores, el Estado de bienestar y la democracia, es un capitalismo que renuncia a su propia legitimidad. La utopía neoliberal es una especie de analfabetismo democrático, porque el mercado no es su única justificación: por lo menos en el contexto europeo, es un sistema económico que solo resulta viable en su interacción con la seguridad, los derechos sociales, la libertad política y la democracia. Apostarlo todo al libre mercado es destruir, junto con la democracia, todo el comportamiento económico. Las turbulencias desatadas por la crisis del euro y las fricciones financieras mundiales solo son un anticipo de lo que nos espera: el adversario más poderoso del capitalismo es precisamente un capitalismo que solo busque la rentabilidad.

Lo que priva de su legitimidad al capitalismo tecnológicamente avanzado no es que derribe barreras nacionales y produzca cada vez más con menos mano de obra, sino que bloquee las iniciativas políticas conducentes a la conclusión de un pacto para la formación de un nuevo modelo social europeo. Cualquiera que hoy en día piense en el desempleo no debería quedarse atrapado en viejas querellas como las relativas al "mercado laboral secundario" o "los gastos salariales decrecientes". Lo que parece un derrumbe debe convertirse más bien en un periodo fundacional de nuevas ideas y modelos, en una época que abra las puertas al Estado transnacional, al impuesto europeo a las transacciones financieras y a la "utopía realista" de una Europa Social para los Trabajadores.

*Ulrich Beck es sociólogo, profesor emérito de la Universidad de Múnich y profesor de la London School of Economics.*

*Traducción de Jesús Cuéllar Menezo*

## **5.- La socialdemocracia y el proyecto europeo**

JUAN MOSCOSO DEL PRADO

7 JUNIO 2012

Europa es lo más parecido que hay a la socialdemocracia. Incluso, Europa es socialdemocracia. Se podría replicar que la construcción europea fue un éxito conjunto de democristianos y socialdemócratas, con los primeros al frente de más gobiernos durante las décadas iniciales de postguerra. Pero no es menos cierto que aquellos viejos cristianodemócratas, humanistas democráticos con sentimiento social, han sido reemplazados por agrios conservadores hijos de la revolución neoconservadora de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, y que cuentan con nuevos amigos en su propio seno o a su derecha, ya sean viejos y siniestros conocidos europeos como hemos visto en Grecia, o una derecha fundamentalista y ultraconservadora a imagen de la que en Estados Unidos se autodenomina Tea Party. Una derecha que la profunda crisis económica y social que estamos viviendo está poniendo en evidencia, demostrando lo poco tiene que ver con la que contribuyó a construir el Estado del bienestar europeo. Mientras, por contra, la socialdemocracia sigue manteniendo intactos los principios y valores de entonces, convertida, como decía Tony Judt, en la prosa de la política europea contemporánea, lo cual constituye su principal problema, su éxito sin épica.

La combinación de crisis económica y supuesta crisis de la socialdemocracia nos obliga a responder con valentía. La izquierda no supo reaccionar con determinación a la crisis financiera de 2008. Esta crisis ofrece la oportunidad de quitarnos de encima las complicadas y vacuas definiciones acuñadas por la Tercera Vía de Tony Blair en su intento de construir un pensamiento progresista compatible con la desregulación financiera y con la globalización en un marco neoliberal. Un camino que solo sirvió para distribuir, y hacerlo de esa manera, la riqueza creada en unos años de prosperidad insostenible.

Vivimos tiempos de crisis social, de pérdida de calidad de vida y bienestar, de voladura controlada del sistema de igualdad de oportunidades que tanto costó construir, de abandono de la sanidad y educación públicas, de paro desbocado. Tiempos de inseguridad e incertidumbre en los que a pesar del indecente espectáculo protagonizado por el sistema financiero y sus gestores, los mercados han logrado imponer políticas sin debate democrático alguno con el fin de rescatar al sector financiero del desastre provocado por la desregulación que antes logró imponer.

Las consecuencias de esta crisis demuestran que nunca como en estos años había estado la política tan sometida a los intereses económicos de unos pocos. Este sometimiento ha provocado la mayor crisis de la construcción europea desde su creación porque Europa es justamente lo contrario, el sometimiento de la economía a un fin político, la convivencia democrática en libertad bajo nuestro modelo de bienestar social. Tras la Segunda Guerra Mundial Europa puso la economía —el carbón y el acero primero, el mercado común después, el euro...— al servicio de un gran sueño. Y esta crisis provocada por la desregulación ha puesto todos los sueños políticos, ciudadanos y de convivencia al servicio de un paradigma económico injusto e insostenible.

La combinación de crisis económica y una derecha más alejada que nunca de los valores humanistas de la Ilustración como apunta Tzvetan Todorov, ofrece una oportunidad irrepetible a la izquierda europea para construir una alternativa creíble. Un inmenso reto porque en la práctica, salvo honrosas excepciones, socialdemocracia solo ha habido en Europa. Pero las cosas han cambiado también fuera de Europa, y mucho. Dani Rodrik en su famosa paradoja señala la imposibilidad de conciliar tres elementos: democracia, soberanía nacional y globalización, teniendo que optar como máximo por dos. Las dos primeras conducen al aislamiento y la autarquía. Las dos segundas, ¿a China? Si apostamos por la primera y la última, democracia y globalización, debemos convertir esta globalización en el campo natural de actuación de nuestra imperfecta Europa, reubicando en Europa la soberanía perdida.

Esa alternativa exige, no obstante, tomarse en serio de una vez por todas el proyecto de construcción europea, y hacerlo tomando decisiones que lo transformen. Hay que asumir que una Europa de 27+1 miembros puede conducir rápidamente a un proceso de geometría variable en el que solo unos pocos Estados profundicen en todo aquello imprescindible para volver a poner la economía al servicio de los ciudadanos.

En el ámbito económico, la Unión Europea y más aún los países que conforman el euro, deben ser capaces de cerrar el deficiente diseño de lo que solo es una unión monetaria. Armonización fiscal con impuestos y tipos marginales equiparables, un mecanismo de mutualización y solidaridad financiera y de la deuda como en cualquier unión federal, un presupuesto europeo eficaz y transparente, recursos propios —tasa sobre transacciones financieras—, un BCE comprometido con el crecimiento y el empleo, y una regulación y supervisión bancaria con garantías. La política económica de dimensión europea está obligada a concentrar sus esfuerzos en educación e

I+D+i, política industrial y energética, y a hacerlo desde la doble perspectiva de la sostenibilidad tanto social como medioambiental. Exactamente lo contrario de lo que el Gobierno español está eligiendo como camino. Un Gobierno que confunde errores propios con incompreensión europea como siempre ha hecho la derecha en nuestro país.

El Parlamento Europeo debe ser la sede del control político de todas las políticas comunes. Los socialistas nos tenemos que comprometer a presentar un candidato único a presidente de la Comisión en las próximas elecciones europeas para evitar el fiasco Barroso de 2009. Para ello, antes debemos convertir el partido de los Socialistas Europeos (PSE) en un verdadero partido político. Un PSE volcado en la propuesta de políticas de dimensión europea destinadas a impulsar el crecimiento y el empleo, reducir las desigualdades y desequilibrios económicos, sociales y regionales, y convertir el modelo social europeo en seña de identidad y garantía de éxito y competitividad. La estructura de bienestar social europea debe comunitarizarse, más aun ahora que la derecha comienza a asumir la inevitabilidad de propuestas socialdemócratas en lo fiscal —unión fiscal, eurobonos— y financiero —unión bancaria, dicen ahora—. Pues bien, en lo social también.

En el ámbito institucional debemos vencer la resaca soberanista que amenaza Europa, y hacerlo reformando sus instituciones para dotarlas de verdadera esencia democrática y de capacidad de control ciudadano, oponiéndonos a su vez a cualquier retroceso. No tiene sentido suspender Schengen cada vez que se organiza una cumbre financiera en una ciudad importante. Las libertades fundamentales europeas no deben ser condicionales. O somos europeos o no lo somos.

Por último, debemos seguir profundizando en la construcción de la ciudadanía europea, más aun hoy en día en el que vivimos en una sociedad multiidentitaria de vocación laica en la que cada uno tiene derecho a sentir muchas cosas a la vez. Probablemente tengamos que aligerar nuestros problemas lingüísticos priorizando el inglés como segunda lengua comunitaria y vía de comunicación común. Europa debe garantizar la última instancia judicial no sólo en derechos y libertades fundamentales como hace ahora en la institución hermana de la Unión, el Consejo de Europa en Estrasburgo, sino también en derechos económicos y sociales.

La socialdemocracia tiene que lograr que su actuación en Europa sea coherente con los objetivos últimos de construcción de una Europa federal, de una verdadera unión política con todas sus consecuencias como un servicio exterior y un ejército europeo donde se comparta, básicamente, todo. La construcción de una Europa unida y el sueño socialdemócrata de una sociedad democrática, justa y próspera han sido los motores políticos de nuestros últimos cien años. Europa será socialdemócrata o no será.

**Juan Moscoso del Prado** es diputado a Cortes por Navarra (PSN-PSOE)

## **6.- Dos decálogos y una esperanza**

ANTONI COMIN I OLIVERES

11 JUNIO 2012

La deriva de los últimos años confirma aquella máxima que muchos defendemos desde hace tiempo: Europa no es posible sin el proyecto socialdemócrata; el proyecto socialdemócrata no es posible sin Europa. La vía de la austeridad sin fin propicia el ascenso de la ultraderecha y el antieuropeísmo por todas partes, poniendo en jaque algunos principios fundamentales de nuestras democracias. No es extraño que las voces partidarias de salir del euro proliferen en los países víctimas de la recesión. ¿Que el euro sea percibido por muchos ciudadanos más como una prisión que como una protección no es acaso un cierto fracaso del proyecto europeo? Al mismo tiempo, las políticas neokeynesianas que pueden devolvernos a la senda del crecimiento sólo serán efectivas si se articulan a escala comunitaria.

Las socialdemocracias europeas pueden ofrecer hoy una salida de la crisis alternativa: un programa para el crecimiento que evite el desguace progresivo del Estado del bienestar y permita reinventar el círculo virtuoso entre productividad, redistribución y cohesión social. La columna vertebral de esta estrategia debería ser una nueva arquitectura fiscal europea, que se puede resumir en estas diez medidas: 1. De entrada, ralentizar el calendario del ajuste para los países con mayores déficit, ahora que se ha demostrado que “el ajuste será lento o no será”. 2. Dotar al BCE de capacidad para comprar deuda pública –como los bancos centrales de Estados Unidos, Inglaterra y Japón- y reformar su mandato para que priorice el crecimiento y no sólo la inflación. 3. Crear los eurobonos, una vez ya establecida la coordinación presupuestaria entre los estados de la UE. 4. Impulsar una pequeña gran revolución tributaria: impuestos al capital financiero (tasa Tobin), impuestos verdes, equiparar la fiscalidad entre rentas del capital y del trabajo, etc. 5. Junto con lo anterior, armonizar los impuestos sobre aquellos factores productivos con mayor movilidad (sociedades) y generalizar los impuestos a los bancos, al patrimonio y a las grandes fortunas. 6. Intensificar la batalla contra los paraísos fiscales -incluidos los del interior de la UE- y acabar con el fraude fiscal en los países más defraudadores, entre ellos España. 7. Financiar la inversión pública -esa que además de relanzar el crecimiento nos prepara para el futuro- por medio un Banco Europeo de Inversiones reforzado con más capital. 8. Establecer un verdadero presupuesto público europeo, orientado hacia la I+D+i, las redes transeuropeas de transporte, las energías sostenibles y las telecomunicaciones. 9. Crear una agencia europea de *rating*, para librarnos del oligopolio de las agencias norteamericanas, que han dado sobradas muestras de poco acierto y dudosa independencia. 10. Dotar al MEDE -nuestro particular Fondo Monetario Europeo- de reglas más flexibles y capital suficiente, para que pueda actuar más como un instrumento de prevención que de rescate.

¿Hay motivos para el optimismo? Ciertamente: muchas de estas medidas están en el programa del nuevo presidente francés. Pero, una vez hecho este paso importantísimo, es preciso que este programa deje de ser sólo “francés” y

pase a ser “europeo”. Parte de este decálogo lo suscribieron socialistas franceses y alemanes el pasado marzo, con motivo del mitin conjunto de Hollande y Gabriel en París, a través de una declaración de sus respectivas fundaciones. Pero necesitamos una foto más grande, en todos los sentidos: con el decálogo completo, con más líderes del socialismo europeo —a poder ser con todos ellos— y con un compromiso firme de sus respectivos partidos. Necesitamos que, gracias a esta foto ampliada, los ciudadanos de la UE perciban que ha nacido, ahora sí, un auténtico partido socialista europeo, ese que los tiempos demandan de manera urgente.

Sin embargo, este programa fiscal, por ambicioso que sea, quedaría cojo si no fuera acompañado de una nueva, seria y efectiva regulación del sistema financiero. La izquierda tiene que decir a los ciudadanos del continente, de modo alto y claro, que sus gobiernos lucharán para recuperar el poder perdido ante las finanzas, que la democracia restablecerá su supremacía frente a los mercados de capitales —esos que, por poco o mal regulados, están en el origen de la crisis—. Por esto, el decálogo anterior habría que completarlo con otro que detallase el contenido de tal regulación financiera.

De la mano de parte de la literatura más solvente sobre la crisis (Rajan, Stiglitz, Krugman, Rodrik, etc.), proponemos que este segundo decálogo afronte como mínimo los siguientes retos: 1. Impedir la creación de bancos sistémicos *-too big to fail* o, mejor, *too systemic to fail*- y vigilar los que existen para impedir que incurran nuevamente en comportamientos de riesgo moral. 2. Controlar las innovaciones financieras (derivados, CDS, etc.) y prohibir aquellas que entrañan más riesgos que ventajas, para evitar que se conviertan en “armas de destrucción masiva” -según la acertada expresión de Warren Buffet-. 3. Separar nuevamente la banca comercial de la banca de inversión; regular adecuadamente la “banca en la sombra” (banca de inversión, *hedge funds*, etc.) para que “quede iluminada”, de acuerdo con el principio de que “todo lo que es susceptible de ser rescatado en tiempo de crisis debe estar regulado en tiempo de bonanza” (Krugman). 4. Garantizar que los bancos dispongan de capital suficiente para “rescatarse a sí mismos” en caso de futuras crisis (acuerdos de Basilea III), para evitar la repetición del bochornoso espectáculo de los rescates públicos y asegurar que, descartados estos rescates, el sector financiero queda sometido a la disciplina del mercado igual que los demás. 5. Evitar la “captura del regulador”, empezando por lo que Rajan llama la “captura cognitiva”: la capacidad del sector financiero para dominar las voluntades o para colonizar las mentes de las agencias públicas que deben regularlo; evitar, en suma, los efectos perversos de la “puerta giratoria”. 6. Regular los bonus de los directivos del sector financiero, para que incentiven la prudencia y la estabilidad a largo plazo y no los beneficios a corto plazo, casi siempre asociados a riesgos irresponsables. 7. Penalizar la especulación financiera: limitando las ventas bajistas y al descubierto, instaurando la tasa sobre las transacciones a corto plazo. 8. Instaurar algunos mecanismos de control a la circulación del capital financiero (Rodrik). 9. Devolver un espacio a la banca pública en el conjunto del mapa financiero; potenciar la banca ética, minoritaria pero importante a nivel cualitativo. 10. Proteger los consumidores de productos financieros de posibles abusos -incluyendo, por supuesto, la dación en pago-.



Estos dos decálogos deberían servir para construir, con suficiente realismo, la hoja de ruta actual del progresismo europeo. Deberían servir para devolver una esperanza a los ciudadanos de la UE: que nuestra sociedad no será más injusta ni más pobre que la de nuestros padres, eso que tantos europeos estamos esperando hoy de la política. Pero, dado que la política somos nosotros mismos, depende fundamentalmente de nosotros que esta esperanza se haga realidad.

**Antoni Comín i Oliveres** es profesor de ESADE (Universitat Ramon Lull) y exdiputado del Parlament de Catalunya por el grupo PSC-CpC.